

Vicente Núñez, metafísico y cotidiano

Julio G. Quesada

1. Generalidades

Empecemos por lo esencial, por aquella palabra que el poeta cordobés toma para desbrozar la realidad, me refiero a sofisma, la «la razón o argumento aparente con que se quiere defender o persuadir lo que es falso», desde esta definición podemos señalar que si el poema es una reconstrucción de la realidad, los sofismas representan una forma de descomponerla para una asimilación más clara y sugerente. Pero dentro de todo sofisma existe una metodología sistemática, y esa constancia se manifiesta principalmente por medio del habla y de la vista, y todo ello lleva a ese engaño sutil que es el razonamiento, a ir más allá de lo dicho o a invitar al lector a participar en el juego de rellenar el significado; aunque tal vez, más que en estas observaciones, los sofismas se revelan como la lucidez de su lirismo o en palabras de Joaquín Pérez Azaustre: «es la prosa de las conversaciones convertida en hallazgo visual» o como apunta el propio poeta cordobés: «todo lo escribo hablando». De este modo, Vicente Núñez entiende la escritura, al modo de una conversación extensa y vitalista, aspecto relacionado con su pertenencia no al grupo Cántico sino a la estética «Cántico», rasgo que señala Juan Lamillar en el *Desorden del canto: notas sobre poesía española del siglo XX*; aunque en todo vitalismo se encuentra un poso de escepticismo y sobre todo,

Vicente Núñez: *Poesía y sofismas. II. Sofismas*. Prólogo de Miguel Casado. Visor Libros, Madrid, 2010.

cuando los ojos se ponen en la escritura: «el acto de la escritura es demostración de una incapacidad para vivir», ya se sabe: la vida, a veces, no es suficiente.

Estos sofismas aparecen en la historia literaria de Vicente Núñez como un complemento a esa calmada intensidad que se muestra en gran parte de su obra poética, pongamos como ejemplo, *Ocaso en Poley*, cuya precisión léxica se manifiesta como base del discurso poético en su brevedad e intensidad, o complemento a al volumen de su poesía completa también publicada en Visor. Aquí, los sofismas y en palabras de Miguel Casado: «podrían ser el vínculo perdido entre escritura y oralidad, decisivo en un mundo articulado por el enfrentamiento entre esos campos, entre vivir y escribir, y con frecuencia habitado por el silencio». De este modo y como recoge la lingüista Deborah Tannen pueden darse una serie de estrategias de complicidad en la conversación como el ritmo, la repetición de fonemas o palabras y figuras de estilo, de la clase de la antítesis o la inderecividad; elementos que en gran parte vertebran los sofismas y nos muestran sus diferentes niveles de significación, desde la contundencia afirmativa hasta la expresión misteriosa, pasando por lo biográfico y lo anecdótico, ascendiendo por lo filosófico, lo lingüístico y lo sociológico. Pero siempre en plena capacidad de sugerencia y por lo tanto, de tentación de completar el sentido.

2. La cena de los lógicos

De todos los temas tratados en los sofismas la reflexión fugaz y brillante sobre la identidad y el lenguaje es intensa por su constancia y por su estrecha relación. Asimismo, podemos coger como toma de contacto este sofisma: «Cuando digo yo no soy legítimamente yo mismo, sino el borroso deseo de serlo» y proponerlo como base de esa filosofía de la no identidad, como una ausencia de uno mismo en sí mismo o dicho de otro modo: como una que-
rencia de silencio, ya que la mudez, para Vicente Núñez, es el habla. En este hecho se muestra también ese gusto por la contradicción, por un volver a «los espacios del silencio del ser» y por consiguiente: «la mudez es una conquista». Pero si se ahonda más

y en esta acción es clarificador el prólogo de Miguel Casado, llegamos al punto cero de todos los pensamientos que se vierten en los sofismas: «Escribir es la consecuencia de no haber vivido». Aquello que tenía que producir una identidad más firme o al menos concretarla se convierte en una negación vital e identitaria; de este manera, el proceso de escritura no se percibe como un modo de llenar, sino como un camino en el que se pierde el rostro y la propia existencia. Sin embargo, ¿cuáles son las razones de esta filosofía de la no identidad? ¿Qué sendas conducen a Vicente Núñez a ese final sin fin? La primera pregunta lleva la siguiente base en su razón: nada ni nadie se constituye a través de una posición «fija y unívoca», sino que en su marcha y en sus fluctuaciones se produce la transformación y el surgimiento de los contrarios, de aquello que somos también desde lo complementario y desde su negación. En consecuencia, a partir de estas afirmaciones llegamos a otro sofisma duro y contundente: «Todo es mentira a partir de cierto momento» y que enlaza con esa definición del autor cordobés de la escritura.

Otra de las temáticas más habituales y que arman en gran medida las mentiras verdaderas de los sofismas: es la reflexión sobre el propio hecho literario y sobre el lenguaje en general. Desde ese punto cero en el que se iguala escribir a no haber vivido (que puede completarse con otro: «De qué se carece cuando se escribe») los matices se vierten aquí y allá, dando una extensa dimensión del puzzle creativo y lingüístico. De esta forma, podemos dirigirnos a lo escatológico y a lo humorístico, a rebajar lo transcendental de la escritura, a trivializar esa supuesta inmortalidad literaria: «He sido un pedazo de aire, un pedo lingüístico» y también una visión de la cultura similar a una acción íntima: «De la cultura no queda más que su parte comestible. Es decir, defecable.» Y en ese ejercicio de sencillez y de reconocimiento de sí mismo, se manifiesta el deseo de quedarse en la lectura como un proceso de creación parejo al de la escritura o superior, ya que a través de esa necesidad se va, una vez más, a la no escritura: «Leo para aprender a no escribir». Pero a través de esa transparente maraña de sofismas se encuentran las claves de esa poética de la no escritura y de esa filosofía de la no identidad, una de ellas se refleja en la página en blanco, en su tortura del vacío que se llena con

la propia creación y que en el momento en el que se ha cubierto de palabras vuelve a producir esa ansiedad, esa sed que vuelve a crear ese hueco en el poeta, para mantenerlo en constante voluntad de escribir.

Y por último, podemos aludir, dentro de esa base temática de la identidad y el lenguaje, a la muerte y sus cercanías. Nos quedaremos con dos alrededores: la enfermedad y la vejez. Si vamos engarzando diversos sofismas, nos darán una visión más o menos completa de su última edad, una visión de ese algo que sostiene al moribundo («Morirse es no haber sido irreal»), de esa nueva juventud o verdadera juventud que puede llegar a ser la vejez («Nunca fui más viejo que cuando fui joven») si se acepta el reflejo de la cara del espejo y en el intercambio de unas palabras consigo mismo no se cede a «los errores cometidos por los otros». Pero esa aceptación y ese aprendizaje vivo por experimentado, no aparta la reflexión no ya sobre la defunción, «esa muerte muy viva», sino sobre el asco y la indignación que conlleva la enfermedad, en su clausura de la supuesta libertad condicional diaria y aunque la inmortalidad sea también temporal. De este modo, se llega a diversas conclusiones entre las cuales podemos destacar la siguiente: «Sólo en el olvido sé quién soy».

3. Clausura de las verdades a medias: otras consideraciones

En la edición del poemario *Rojo y sepia*, el prologista Antonio Varo alude a la forma de publicar de Vicente Núñez, que seguramente produzca, en parte, las consecuencias y efectos de su recepción crítica: «ni a demanda del editor ni a la suya propia». Ya Tua Blesa se preguntaba cuando se editó en 2008 la *Plaza octogonal. Poesía reunida*, «qué lugar tiene asignado la obra poética de Vicente Núñez (Aguilar de la Frontera, Córdoba, 1926-2002) en el canon contemporáneo» para posteriormente responderse: «La cuestión es que esa casi ausencia de la poesía de Núñez no debe continuar y estas ediciones podrían ser el punto de inflexión que llevara a una «normalización» de su importancia.» Desde hace algunos años se ha establecido en la sociedad literaria española la necesidad de un claro y fuerte revisionismo crítico para equilibrar

la balanza del canon poético y que en el caso del poeta de *Himnos a los árboles* es una recuperación de calidad sobresaliente, ya no sólo como poeta sino como autor de esa obra en marcha estética y ética que debe reconocerse en todo su valor y aportación. Para Vicente Núñez esta vía de expresión de los sofismas no fue un bien menor, pues en su última etapa creativa cobró una importancia indispensable y precisa desde su representación impresionista y fragmentaria ©